

SÁNCHEZ MAZAS EN LA ESTELA DE AZORÍN: A PROPÓSITO DE *PEQUEÑAS MEMORIAS DE TARÍN*¹

FERMÍN EZPELETA AGUILAR

Universidad de Zaragoza
Facultad de Educación. Didáctica de la Lengua y la Literatura

RESUMEN

La primera novela de Rafael Sánchez Mazas, *Pequeñas memorias de Tarín* (1915), que se inscribe en la serie de internados religiosos, reivindica explícitamente el modelo azoriniano de *Las confesiones de un pequeño filósofo* (1904). El género autobiográfico de diario colegial sirve a Sánchez Mazas para apelar a una cierta «pequeña filosofía» al modo de Azorín. En los dos casos, el diario del curso escolar queda subsumido en una retrospectiva de mayor alcance, con invocación a otras instancias formativas. Se amortiguan, o se eliminan en el caso de Sánchez Mazas, los ingredientes de intelectualización y anticlericalismo, asociados siempre a los adolescentes escolares de los autores novecentistas.

Palabras clave: Sánchez Mazas, Azorín, memorias, *Pequeñas memorias de Tarín*, *Las confesiones de un pequeño filósofo*.

SÁNCHEZ MAZAS IN AZORÍN'S STEPS: ABOUT *TARÍN'S SMALL MEMORIES*

ABSTRACT

Rafael's first novel Sánchez Mazas, *Pequeñas memorias de Tarín* (1915) that registers in the series of boarding schools religious, claims the pattern azoriniano of *Las confesiones de un pequeño filósofo* explicitly (1904). Daily schoolboy's autobiographical genre is good Sánchez Mazas to appeal to a certain «small philosophy» to the way of Azorín. In the two cases, the diary of the school course is a retrospect of more reach, with invocation to other formative instances. They are muffled, or they are eliminated in the case of Sánchez Mazas, the «intelectualización» ingredients and anticlericalism, always associated the school adolescents of the authors «novecentistas».

Key words: Sánchez Mazas, Azorín, Memoirs, *Pequeñas memorias de Tarín*, *Las confesiones de un pequeño filósofo*.

¹ SÁNCHEZ MAZAS, Rafael, *Pequeñas memorias de Tarín*, Bilbao, Biblioteca de Amigos del País, 1915. Cito por la edición de 2005, Barcelona, Ediciones Península.

Asistimos en los últimos años a una recuperación de la literatura de los escritores en torno a la Escuela Romana del Pirineo², el más relevante de los cuales quizás sea Rafael Sánchez Mazas. Fundador de Falange, animador de tertulias literarias, y partícipe en la Guerra Civil³, es autor de una obra literaria con suficiente enjundia para ocupar un lugar digno en la serie literaria. Tocada inequívocamente de un componente de militancia política, la figura de Sánchez Mazas como poeta-soldado, que «andaba siempre con la idea de la fama que ganaría de mayor en batallas y en libros», según atestigua su personaje Pedrito de Andía⁴, acredita sin embargo un alto nivel literario plasmado en el trabajo de orfebre que cincela unos textos de aparente facilidad, aunque escondan siempre un trabajo exigente.

El componente educativo de su obra queda suficientemente probado desde la etapa de niño poeta⁵, que cristaliza en la composición de su primera novela, *Pequeñas memorias de Tarín* (1915), sujeta al esquema de *Bildungsroman*, en forma de diario con personaje autobiográfico. Treinta y seis años después (1951) recupera el mismo esquema de aprendizaje en *La vida nueva de Pedrito de Andía*, ahora ya con cierto éxito editorial, y con un Pedrito, adolescente dotado de una imaginación muy fértil quien, apoyado en sus saberes de bachiller excepcional, levanta ante el lector otro diario literario que, por encima de todo, es una construcción lingüística poderosa dentro del marco del Realismo.

El rebrote de preocupaciones obsesivas por conceptos de cuño neorregeneracionista como patria, religión, Europa o la cultura queda patente en algunos de los escritos ensayísticos que, como suele ser normal, refuerzan el contenido ideológico que se desprende de las piezas más estrictamente literarias⁶. De toda su novelística, *Rosa Krüger*⁷ se sitúa en el punto cronológico crucial, al estar escrita durante la Guerra Civil en Madrid en una situación de privación de libertad al cobijo de la embajada de Chile. Es algo

² Para entender la significación de la Escuela Romana del Pirineo, ver la «Introducción» de MAINER, José-Carlos, en su antología de textos de escritores falangista (1971, pp. 21-23). Se trata de la agrupación de los escritores en torno a la revista *Hermes* en Bilbao. Se identifican con la cultura romana, defienden el catolicismo y los valores de la civilización occidental. La nómina, sigo a Mainer, está compuesta por Ramón de Basterra, Pedro Mourlane Michelena, Joaquín Zugazagoitia, Esteban Calle Iturrino, Fernando de Quadra Salcedo, Pedro de Eguillor y el propio Sánchez Mazas. Cultivan un tipo de ensayo divagatorio lleno de alusiones culturales exquisitas. De la crítica que reivindica la figura de Sánchez Mazas hay que destacar el nombre de Trapiello (1994), autor del libro *Las armas y las letras*.

³ La lectura de la exitosa novela de Cercas, Javier, *Soldados de Salamina*, Barcelona, Tusquets, 2001, vale para recrear con eficacia el compromiso ideológico del escritor.

⁴ Publicada en 1951. Ver edición reciente: SÁNCHEZ MAZAS, Rafael, *La vida nueva de Pedrito de Andía*, Madrid, Espasa, 2004, p. 366.

⁵ Su poesía, de filiación modernista, ha sido reunida por Andrés Trapiello (1990).

⁶ MAINER, José Carlos, traza su trayectoria literaria en su artículo (2002).

⁷ SÁNCHEZ MAZAS, Rafael, *Rosa Krüger*, Madrid, Trieste, 1984.

más que un entretenimiento personal destinado a servir de recreo a los compañeros de cautiverio, pues cumple la función de exorcizar, tal vez, la monstruosidad creciente o de plasmar su ideario (sueño del reaccionarismo europeo y alegoría del fascismo: Mainer, 2001, pp. 188-192) bajo capa alegórica. La exhumación de *Rosa Krüger*⁸ (1984) no hace sino corroborar, en el plano de la técnica literaria, la querencia del escritor por acogerse al género narrativo de la novela de formación, en el que en definitiva aparecen vertidas las memorias de Tarín⁹.

Parece claro que esta opera prima de Rafael Sánchez Mazas viene estimulada por los relatos autobiográficos de recuerdos escolares que publican en esas fechas grandes novelistas como Pérez de Ayala o Miró. En este caso, Tarín Tellaechea evoca el tránsito de la infancia a la adolescencia con el mítico Bilbao al fondo¹⁰, y con una intencionalidad de mostrar la maduración del héroe. El autor, que se sirve del truco cervantino del relato poco cuidado y limado por el propio editor, presenta en el segundo de los tres cortes la transcripción retocada de las memorias del colegial Tarín en el colegio de los Sagrados Corazones de Miranda de Ebro¹¹. Y ese editor (que coincide con el autor), en un breve texto explicativo diferenciado tipográficamente, inserta la pieza literaria «diarística» dentro del género de las «memorias ejemplares de colegio». La tradición literaria le sirve un primer modelo en el que el *jovencito*, en contacto con la institución religiosa, crece interiormente hasta convertirse en un santo: es el modelo de *Memorias escolares devotas* (Tarín, p. 51). Distingue el autor un segundo modelo, que él llama «Memorias de colegio instructivas a manera del *Juanito*»:

El niño en estas memorias —suele decirse el niño—, se interesa, no ya como en los piadosos caminos, por la vida interior, sino por la vida exterior. En vez del padre director, cuya sutileza y espiritualidad suele ser interesante, hay aquí un maestrillo hinchado de pedantería de escuela. El maestrillo es quien debe ser el narrador, intercalando los trabajos del niño (Tarín, pp. 51-52).

⁸ Su viuda Liliana Ferlosio la da definitivamente a las prensas en 1984, según ella, por el deseo de evitar la angustia que le producía «pensar que no alcanzarían nunca a ver la luz unos personajes que habían llegado a serme tan familiares» (p. 9).

⁹ Los últimos trabajos sobre este grupo de escritores ponen de manifiesto una cierta querencia por verter el mundo interior en moldes cercanos al esquema de la novela de aprendizaje. Por ejemplo, José-Carlos Mainer en un trabajo dedicado a Ramón de Basterra (2003) glosa el trasfondo educativo de la obra *Vítrulo*, cercana a los dominios del *Bildungsroman*.

¹⁰ El mito de lo vasco y de lo bilbaíno aparece considerado en sus otras novelas. Y también en el libro de prosas reunidas por Trapiello, *Vaga memoria de cien años y otros papeles*, Bilbao, Ediciones El Tilo, 1993. Se trata siempre de textos escritos lejos de Bilbao, en los que hay un intento de sublimar la época dorada de los años veinte (En Tarín los años anteriores).

¹¹ Colegio cuyo fundador es, según se explica en la novela, el portugués Gonzalo Meneses (Tarín, p. 56).

Modelo éste parecido al de las «memorias de los niños célebres», escritas por ellos mismos cuando son mayores. El contrapunto es para el autor las «Memorias, alusivas generalmente a un colegio de jesuitas». Allí, el niño es «víctima o el pequeño jacobino, según» (*Tarín*, p. 52): ni que decir tiene, las referencias a Miró y Pérez de Ayala, cuyos nombres no se mencionan, resultan evidentes. Sí que alude, sin embargo, a *Las confesiones de un pequeño filósofo* (1904), falsilla aprovechada por el joven Sánchez Mazas, quien cursó los tres últimos cursos del bachiller en Miranda de Ebro con los Sagrados Corazones. (M. y P. Carbajosa, 2003, pp. 4-5). Pondera, pues, el libro de Azorín a manera de reconocimiento de fuente literaria:

En fin, que, buscando, se pueden hallar hasta mil maneras de diarios, vidas y memorias de niños excepcionales en el colegio, hasta llegar a las confesiones admirables del pequeño filósofo Antonio Azorín (*Tarín*, p. 52).

La pretensión del autor es la de transcribir las memorias, no del *jovenito*, ni del *niño sabio*, ni del *pequeño jacobino*, sino las del chico, el escolar corriente, símbolo de la normalidad. Tal modalidad novelesca la encuentra el editor-autor en el manuscrito que entrega Tarín, en el cual se revela como un chico cualquiera, «ni mejor ni peor», que cuenta «sus juegos, sus alegrías, sus fastidios, sus quejas, sus risas, sus defectos y sus encantos infinitos». El desiderátum de la trivialidad y de la pequeñez queda expresado en el mismo título, que conecta con el azoriniano y, aun con la novela jesuítica de Coloma, *Pequeñeces* (1891), destinada por el padre Magalhaes a los escolares de quinto y sexto, pero devorada con avidez por Tarín (*Tarín*, p. 96).

Sánchez Mazas, que cuenta con veinte años en el momento de la publicación de la novela, desvincula explícitamente su obra de la polémica religiosa, que venía siempre aneja a estos modos expresivos. Y tal vez la novela de Azorín le parece «admirable», en tanto que en ella se atenúa el ingrediente anticlerical que se desprende, por ejemplo, de otra novela del mismo autor como es *La voluntad*. Con *Las confesiones de un pequeño filósofo*, su autor construye una estética de la pequeña filosofía, en la que en definitiva también quiere libar el joven Sánchez Mazas, impregnando además a sus textos de un fuerte componente poemático, próximo al tono de la novela lírica.

En efecto, en la novela de Azorín el personaje adulto evoca los tiempos infantiles haciendo un esfuerzo de retrospectiva para dar cuenta, a través del detalle minúsculo o el recuerdo penetrante, de las bases que cimientan la biografía espiritual del personaje (Lozano, 1999, p.105). El resultado es una extraordinaria novela lírica¹² en la que el autor cierne magistralmente la anécdota menor para redondear una pieza de orfebrería incomparable dentro

¹² MARAVALL (1968) dice de ella que se trata de «la obra del más delicioso esteticismo azoriniano», (p. 67).

de la literatura española. El narrador, en primera persona, va componiendo un conjunto de evocaciones hilvanadas por el hilo conductor de la sublimación poética de los pequeños momentos pasados que, sin duda ninguna, forman al escritor quien, desde la perspectiva del momento de la narración, vuelve a revivir aquellas instantáneas pasadas. Hay mucha diferencia, como observa Donald Shaw (1978, p. 215), entre la asunción de las influencias negativas recogidas del internado religioso por el discente, según se trate de *La voluntad* o *Las confesiones de un pequeño filósofo*. Los artículos¹³ publicados entre el lapso que media la aparición de esos dos libros, y que versan sobre la perniciosa influencia del ambiente y de la religión en el camino formativo del joven, se decantan, por su tono de invectiva feroz y de panfleto, hacia la tonalidad de *La voluntad* (1902). En *Las confesiones* no hay crítica social, y la posible influencia negativa del medio (Yecla) y de unos modos pedagógicos marcados por una religiosidad rutinaria y pesimista, que existe sin duda (Shaw, p. 215), aparece sometida a un proceso de depuración cuando no de relativización, al incorporar otras influencias.

En la pieza de Sánchez Mazas hay una voluntaria manipulación de los elementos del diseño editorial: cuentos y poemas intercalados, por ejemplo, a la manera de las novelas poemáticas de Pérez de Ayala; explicaciones en tipografía reducida del editor-autor previas a la transcripción del pretendido manuscrito; presencia abundante de metaliteratura; notas; listados de alumnos; inserción de horarios; subcapítulos y capítulos desiguales. Recursos estos que presentan bastante sintonía con el *modus operandi* de los narradores novecentistas, autores de novelas educativas, y en particular con la literatura de memorias de un Martínez Ruiz, autor también de las *Memorias inmemoriales* (Martínez del Portal, 1997, pp. 47-58). Modalidad de memorias que se une a otras como «crónica», «almacén», «anales», «galería de retratos» o «viajes imaginarios» que dan variedad a la construcción de las novelas de Martínez Ruiz (Risco, 1980, pp. 195-209), dentro de una unidad ahormada por la actitud lírica con que se acomete la experiencia narrativa. Este planteamiento expresivo permite socavar definitivamente la ilación lógica en beneficio de un orden psicológico (Risco, 1980, p. 198), y permite además

¹³ Por ejemplo, «la educación y el medio», «Las confesiones de un pequeño filósofo» o «La farándula». Ver SHAW (1978), p. 215. Sin embargo, son conocidos los testimonios del escritor en época tardía en los que defiende expresamente la bondad pedagógica de los internados religiosos o en los que señala la etapa formativa de interno como la más feliz de su vida (Rafael M^a Hornedo, 1974, pp. 406-407). Testimonios ciertamente opuestos al reflejo obtenido por el lector de *La voluntad* y aun de *Las confesiones de un pequeño filósofo*; y que en todo caso se producen en un contexto ciertamente «connotado», los primeros años cuarenta. Con todo, el joven Martínez Ruiz ha insertado algunos de sus primeros trabajos en la revista *La educación católica* de Petrel, con el seudónimo literario de «Fray José» (Martínez del Portal (1997), p. 208). Y puede tener razón Hornedo cuando señala que las primeras novelas de Azorín (sobre todo, *Las confesiones*) respiran un aire muy diferente a los «alegatos anticlericales» de A.M.D.G. o *El obispo leproso*, por que siempre hay alguna valoración de la pedagogía escolapia.

que el autor avance en su propuesta literaria por el camino de la forja de un estilo impresionista que encuentra en el capitulillo breve la unidad significativa estructurante.

Asimismo, en la primera novela de Sánchez Mazas el coloquio presenta rasgos de una calidad artística evidente: frases cortas y expresivas, con una intensidad y una sinceridad en perfecta correspondencia con la verosimilitud exigida por el género autobiográfico de diario colegial, pero que también remiten inequívocamente a la zona de la autobiografía del novelista, quien como Azorín inicia su formación literaria circulando por el cauce provechoso del *Bildungsroman*. Incluso su obra poética¹⁴, parte importante de la cual escribió Sánchez Mazas antes de la publicación de su primera novela, en el recinto del internado agustino de El Escorial, tiene mucho de indagación y de búsqueda del yo intelectual, con continuadas apelaciones, además, a los aprendizajes escolares y a los clásicos de formación¹⁵. Bagaje de poeta adolescente que se deja traslucir en la flexibilidad narrativa y en la bien cinceada introspección psicológica presentes en esta opera prima narrativa.

Así pues, el diario de colegio de los Sagrados Corazones da cabida al repaso de los profesores-frailes, los paseos escolares de los jueves, la repartición de premios, las representaciones de obras de teatro por Carnaval o los inevitables ejercicios espirituales con su correspondiente dosis de meditación sobre la muerte. Las distintas asignaturas; Latín, Preceptiva; las lecturas (Camóens, Cervantes, Homero) y toda la tópica del mundo escolar *ad hoc*. El tiempo narrado se ajusta escrupulosamente al año escolar, rematado con un interesante extracto de información sustanciosa sobre profesores y alumnos del colegio (*Tarín*, pp. 93-94).

Tal ocurre en la novela de Azorín: la rememoración de los recuerdos escolares no puede omitir, al modo de los libros de este tenor, la descripción del colegio con la distribución de sus espacios; el patio, los claustros, la iglesia contigua, el pequeño jardín; o ya, en el edificio escolar «la sala de estudio, la capilla, los gabinetes de Historia Natural y de Física y dos o tres grandes salones» (p. 58, VIII, «El colegio»); el comedor, el horario escolar con tres horas de clase por la mañana, media hora de estudio antes de comer. La lectura, el asueto, el estudio, las dos horas de clase vespertina; merienda, patio y estudio.

El escolar Tarín transcribe su diario (con epígrafes que reflejan día y

¹⁴ Ver la «Introducción» de Trapiello (1990) y el artículo de Mainer (2002).

¹⁵ Trapiello en su edición de la obra poética de Sánchez Mazas (1990), p. 16, caracteriza esa poesía como «prosaísmo sentimental», levantada en un humus modernista soneteril. Ver notas, 275-278, donde se incluyen poemas escritos desde 1908 hasta 1915. Algunos títulos son significativos: «Rincón de estudio» (1911), «Retrato a Stendhal» (1913), «Balada del buen estudiante» (1913), «Balada de los exámenes» (1913); o los poemas que tienen como protagonista al escolar Tarín: «Al dedicar las pequeñas memorias de Tarín», (1915), y algún otro.

mes correspondiente), en este caso desde el día 1 de octubre de 1907 hasta el 30 de mayo de 1908, arreglado durante las vacaciones escolares y limado finalmente por el editor. Se trata del cuarto curso de bachillerato, primero en el que estudia como interno en un nuevo establecimiento docente, dado que los tres primeros años de bachiller, como señala en las anotaciones del primer día de octubre, los ha cursado, externo, en los Maristas¹⁶. Las impresiones trasladadas en su primer día aluden, de modo impresionista, a la descripción de la parte física del edificio escolar, con el toque de ingenuidad exigido por la verosimilitud del discurso:

Este colegio está cerca de un monte pequeño y un poco separado del pueblo. Tiene parte vieja y nueva y una iglesia muy antigua y muy grande con seis altares y coro. Yo creí que tendrían capilla. Pero tienen una iglesia con campanarios y dos torres (Tarín, p. 55).

Las primeras impresiones, una vez enumeradas las dependencias, se saldan con las notas de frío y tristeza y con una primera conclusión de desaprobación: «Hoy no escribo más, pero no me gusta este colegio» (p. 56). Sin embargo, de entre las notas del primer día de clase, el adolescente destaca la magnífica impresión que le produce el profesor de Preceptiva, el Padre Magalhaes, descrito como «un padre viejecito, con melena blanca, bastante larga. Tiene gafas y reloj de oro. El hábito es de fraile, blanco» (p. 56). Antes ya había apostillado un primer comentario ponderativo que adelantaba la función de profesor positivo, personaje coadyuvante de este género de novelas: «Le hace muy bonito el pelo así» (p. 56). La primera clase de literatura impartida ha sido muy relajada y en ella el profesor ha hablado sobre su compatriota, Camóens («que dice que es el poeta mayor del mundo. Dice que es mejor que Cervantes y que ese otro antiguo, creo que Homero», p. 57). El muchacho muestra interés por la materia («He pensado en Camóens todo el rosario») y remata los renglones de la segunda jornada de diario con los calificativos de «muy bueno» y «muy simpático» aplicados al profesor portugués. Hay que tener en cuenta que un rasgo sistemático, en las novelas de internados religiosos, es la puesta de relieve de uno de los profesores, que ayuda al escolar a evitar la aniquilación. Es un profesor, por lo tanto, que cumple la función de coadyuvante o auxiliar y que, en los casos más representativos (Atienza en *A.M.D.G.*, Salguiz, en *Niño y Grande*) es considerado por su congregación como un «apestado», caído en desgracia.

Ciertamente tanto Azorín como Sánchez Mazas atenúan el componente de crítica a la orden religiosa que suele llevar anejo este personaje en las novelas antijesuíticas, al suprimir o relativizar este último aspecto para resaltar únicamente el lado de amistad y ayuda al alumno. Lasalde o incluso el padre Miranda se ajustan en la novela de Martínez Ruiz a este mismo

¹⁶ Sánchez Mazas gusta de desfigurar su realidad autobiográfica al cambiar, como en este caso, los nombres de algunos de los titulares religiosos de los colegios.

esquema. El tenor del discurso del escolar Tarín queda bien definido desde el principio, de acuerdo con las orientaciones adelantadas en el capítulo explicativo firmado por el editor-autor: «alegrías y fastidios», «defectos y encantos», «momentos mejores y peores» (p. 52), búsqueda introspectiva, en definitiva, pero apelando a las cosas pequeñas de cada día, siendo en todo momento capaz de sustanciar los aspectos positivos, sin ocultar nunca los negativos.

En Azorín asimismo, la evocación memorialística del personaje-autor apela a la «pequeña filosofía» como herramienta más eficaz para la investigación de la constitución de una personalidad, una vez que la «grande filosofía» se ha revelado ineficaz en las novelas anteriores. No arrumba el método filosófico que lleva aparejada la búsqueda de las verdades radicales que conforman la personalidad de los seres humanos, sino que lo adapta a las circunstancias de su realidad. No hay pequeñez reflexiva, sino limitación del objeto de la consideración intelectual. F. J. Martín en su «Introducción» a *Diario de un enfermo* (2000, p. 81) pone de manifiesto cómo, en *Las confesiones*, el autor consigue un punto logrado del predominio de la estética sobre el pensamiento abstracto, independientemente de que el método de la pequeña filosofía se fundamente en la metafísica de Schopenhauer (Lozano, 1996, pp. 203-215 y 1998, p. 57 y ss.; Maravall, 1968). Pequeña filosofía que parece proporcionar al autor algunas claves de autoconocimiento, cotejadas en el momento adulto de la narración por medio de una «búsqueda de honda concatenación con las correspondencias de los sentidos» (Verdú de Gregorio, 1997, p. 298).

El escolar *Tarín* enseguida valora la sensación placentera que suscita en él el sábado, o se ilusiona con el día del paseo escolar: «De la semana, el mejor es el sábado; después, el jueves, porque hay paseo» (p. 57). Y se reconforta en la carta en la que pide a sus padres que le hagan llegar prendas de ropa para combatir el frío; o útiles escolares queridos por el niño, y en la que les comunica el interés por cursar la asignatura de Música para posteriormente aprender violín. Está dibujado el escolar adolescente, aceptablemente dispuesto a los aprendizajes, con alguna sensibilidad para las artes (música y literatura), con buena capacidad de aclimatación (ya tiene trece años); pero, en todo caso, caracterizado por una «normalidad» que se encarga él mismo de testimoniar en sus apuntes.

Es bien sabido, la novela de Azorín muestra cómo se está forjando una personalidad artística (la contemplación propia es levadura de aprendizaje artístico: Leon Livigstone, 1983, p. 50) que, naturalmente, se solapa con la del autor, como queda señalado por medio del diseño editorial del libro. Esa es la razón por la que a partir de este momento el autor ya no será nunca José Martínez Ruiz, fundido definitivamente en su personaje.

En la novela de Sánchez Mazas surge enseguida el primer amigo, Alberto de Nin, hijo de conde, y los primeros juegos sabrosos. O surgen anéc-

dotas colegiales que tienen como protagonista al niño sonámbulo que perturba el sueño de los demás compañeros de habitación (pp. 76-77)¹⁷. La autoestima del muchacho queda reforzada al constatar su capacidad para la amistad y para ganarse el aprecio de los profesores. Sale, por ejemplo, muy satisfecho, con caramelos en el bolsillo, de la primera entrevista que mantiene con el Padre Superior, en la que confirma que está contento en el colegio.

Quando he entrado en su cuarto estaba azaradísimo. El Padre Superior es francés. Es bastante viejo, pero está muy bien conservado. Es muy alto y tiene los ojos grises. Tiene dientes blancos y el pelo blanco y un poco largo, con rizos a los lados. Dicen que es un sabio en todas las cosas. Cuando he entrado, estaba escribiendo en una mesa con muchos libros, y muchos papeles (p. 60).

Estos dos padres (el Padre Superior y el Padre Magalhaes) suponen para el muchacho un estímulo que redundará en la buena maduración escolar; y así, en la recapitulación final del elenco de profesores, reciben los elogios más inequívocos. «El P. Superior era muy bueno. El P. Magalhaes, también. A esos era a los que más les quería» (p. 94).

En la novela de Martínez Ruiz igualmente sobresale un motivo que tampoco va a estar ausente a partir de ese momento en el género: la semblanza de aquellos profesores que inciden en el aprendizaje del muchacho. No se presentan tampoco como un personaje colectivo que va minando la integridad del escolar. El narrador, en su trabajo de criba, selecciona algunos casos y espiga, de las actuaciones, aquellos momentos o aquellas anécdotas que permiten una caracterización pintoresca, curiosa o significativa. La valoración que se desprende de estas evocaciones es dispar e incluso, si se hubiera de hacer un balance, podríamos concluir que prima, como en *Tarín*, la positiva sobre la negativa (la evocación del padre Carlos Lasalde es decididamente positiva: «sabio arqueólogo» del que guarda «un recuerdo dulce y suave» y al que contempla «con veneración»).

El profesor de Preceptiva de Tarín decididamente estimula la vocación de algunos escolares, como Guillén (alumno éste que se parece más al propio Sánchez Mazas), quien cursa sexto curso y participa en los ensayos de teatro, lee *El Imparcial*, *España Nueva* y *El cuento semanal*, periódicos que de vez en cuando puede hojear a escondidas el escolar protagonista¹⁸. Éste se aleja voluntariamente, sin embargo, de la pose artística *ad hoc* del clásico artista adolescente, aunque haya transcrito, orgulloso, su décima al amigo Alberto y dé a revisar al estudiante literato algunos otros versos:

¹⁷ Anécdota que se repite en otras novelas como, por ejemplo, en la de Miró.

¹⁸ LUCA DE TENA, Juan Ignacio (1966), pp. 401-410, en la semblanza necrológica dedicada al autor, evoca cómo Rafael, ahora estudiante universitario en los agustinos del Escorial, «es el alumno más literato y dirige la revista estudiantil *Nueva Etapa*», en las que a la postre inserta por entregas antes de publicarse definitivamente, las *Pequeñas memorias de Tarín*.

Día 13 Febrero (...) Me ha dicho Guillén que ese verso mío es bastante bueno de rima, pero que la inspiración es pobre. Ni que fuera yo poeta. Bastante he hecho. Estoy asustado yo mismo. Voy a hacer un soneto al retrato de Mari. Dudo que me salga (p. 75).

Tarín, contento consigo mismo y bien aclimatado al colegio, logra mantener un nivel académico medio que le da confianza («Aquí la nota mejor es 5 y la peor 1. Yo suelo tener siempre 3, que no es de las peores», p. 60). Puede, pues, ilusionarse con el ensayo de la comedia *El correo de Lyon*, que va a representar con los compañeros en la fiesta de Carnaval, y para este empeño dedica el tiempo extraescolar del recreo de la comida. Paralelamente lee novelas que le suministran algunos compañeros o el profesor de Literatura, Magalhaes, quien también es poeta que compone versos para las fiestas escolares, como sucede con otros profesores de Poética y Literatura de los internados de otras novelas:

José Martínez me dejó una novela muy bonita y estuve leyendo toda la tarde. Se llama la novela *Los tres hombres rojos* (...) esta novela es mucho más bonita que *Ivanhoe*. Yo quisiera que hubiese una novela como *Los tres hombres rojos*, pero mucho más larga, de cien partes lo menos (p. 70).

El adolescente del este género narrativo merodea siempre el camino formativo artístico-literario, con mayor o menor grado de profundización, desde una cierta retracción (*Tarín*), a un tímido atisbo de «borrajeador de prosas» (*Mirando a Loyola*, 1913, de Julio Cejador), pasando por inclinaciones mal encauzadas de un Mario Aliaga (*Mario en el foso de los leones*, 1925, de Sainz de Robles) que llevan al narrador por la senda tardomodernista gesticulante; o por trayectorias truncadas o prometedoras de los Bertuco (*AMDG*, 1910), Antón Hernando (*Amores de Antón Hernando*, 1909, y en la versión ampliada de *Niño y Grande*, 1922), el sujeto innominado de *El jardín de los frailes* (1927) o el Julio Aznar de *El convidado de papel* (1928) de Benjamín Jarnés, considerado este último como poeta por los personajes que lo acompañan, pero sin acabar de componer nunca la novela que se le encomienda.

A la par Tarín va modelando una personalidad de patriota, que anticipa el tenor de escritos posteriores de Sánchez Mazas, («Me he pegado con un chico argentino que hay aquí, porque dijo que los españoles no valíamos para nada. Empezamos a discutir y nos pegamos. Me castigaron a quedarme el jueves sin paseo», pp. 69-70), sin descuidar del todo la de poeta. Ahora es capaz de apostrofar al paisaje castellano, cuando pasea por la carretera de Burgos¹⁹, con versos copiados del escolar literato de sexto curso, Guillén:

¹⁹ Uno de los escasos datos de localización. Más concreto es el que da el escolar a propósito de un paseo al pueblo de Salinas del Encinar, en la carretera de Francia (p. 66). Se percibe algún toque noventayochista parecido al que en ocasiones se desprende de *Rosa Krüger*.

«Solar de Castilla, la noble, la hidalga/por donde una vieja leyenda cabalga/ de Rodrigo Vivar en la silla/ ¡Solar de Castilla!» (p. 71).

En la pieza azoriniana resulta obvio el señalamiento del crecimiento del protagonista, en virtud, entre otros factores, de la valoración de la naturaleza, incorporada siempre como nutriente de maduración estética:

Desde mi pupitre, con la cabeza apoyada en la palma de la mano, ocho años he estado empapándome de esta verdura fresca y suavísima, y contemplando esta casa misteriosa, siempre en silencio, escondida entre el bosque. Y esta visión continua ha sido como una especie de triaca de mis dolores infantiles; y esta visión continua ha puesto en mí el amor a la Naturaleza, el amor a los árboles, a los prados mullidos, a las montañas silenciosas, al agua que salta por las aceñas y surte hilo a hilo en los hontanares (p. 64).

La representación teatral de Carnaval deja satisfecho a Tarín, quien ha podido disfrutar además de una película de griegos y de romanos, en el novedoso cinematógrafo escolar. Actividades extraescolares que tampoco se omiten en la novela de Azorín (y en ninguna de las otras novelas de este género), al aludir, sobre todo, a la labor arqueológica del profesor Carlos Lasalde en el Cerro de los Ángeles y su posterior estudio y ordenación museísticos. Pero el fin de curso se viene encima y al escolar le entran dudas y flaquezas:

Yo no puedo con esos nombres raros de *antífrasis* y *concatenación*. Me confundo siempre. Y todo eso me resultan bobadas que nunca me servirá saber, ¡Mire usted que *antifonema*! Vaya un nombrecito. Parece un insulto (p. 89).

El buen trato con el profesor de Literatura motiva que Tarín pueda recibir clases especiales en el cuarto del Padre Magalhaes. Los restantes profesores aparecen tan sólo considerados en la recapitulación final, con caracterización sencilla y expresiva, de la que siempre se obtiene el tono de medianía de que va impregnada la reflexión del adolescente. Nunca aparece la acusación de práctica de malos tratos o de mala voluntad. Y cuando se señalan defectos o extravagancias se hace desde una valoración halagüeña:

El vicerrector era muy seco, y el prefecto, rígido. No es que fueran malas personas. El padre de geometría, el P. Luis, no me quería nada durante el curso, pero al fin se ablandó un poco. El P. Justo, el de dibujo, era muy célebre. Un poco chiflado y muy amigo mío. Sabía hipnotizar muy bien. El P. Antonio era un místico. Era inspector y no había dicho misa todavía. Unas veces era bueno, y otras, gritaba por bobadas. Para él toda la división estaba corrompida. El P. Florentino era muy gordo, y daba clase de música. Cantaba en la capilla, y tenía más de sesenta años. El P. Javier era muy fino, joven y de muy buena familia (...) Los demás padres eran buenas personas, y el de francés, un francés muy rojo, de los bajos Pirineos (...) Había españoles, portugueses, franceses y alemanes. Había muchos padres que yo no hablé nunca (pp. 94-95).

El diario, redactado de forma discontinua (con lagunas en jornadas en

las que no escribe) y plagado de locuciones vascuences²⁰, recoge, en definitiva, los hitos escolares que aparecen en otras novelas. Así, los ejercicios espirituales, evocados en las anotaciones del día 7 de noviembre, no suponen un daño irreversible, a pesar de que se deja constancia, con el característico estilo ingenuo, de la escenificación para la ocasión, con oscuridad, con predicadores traídos de fuera; el frío y el leitmotiv de la muerte, asumido por el escolar, que se pone fácilmente en situación. Banderillas de castigo, pues, que proporcionan al adolescente ilusiones renovadas en el encuentro con el exterior.

Salimos al claustro. Ver tanta luz, tanta luz, me puso muy alegre. Y me parecía pecado estar tan alegre y me daba vergüenza, como si estuviera desnudo, sentir tanta luz y tanta alegría. Pero no pude resistir, y cuando íbamos a la merienda, le dije a Alberto: —¡Qué contento estoy! Digo la verdad, nunca he estado tan alegre de ver el sol (p. 63).

El escolar de Sánchez Mazas, por ejemplo, insiste en ponderar los paseos escolares como ocasión para expansión del espíritu y para la amistad. La glosa de los oficios litúrgicos de la Semana Santa ocupa en el cuaderno de notas un lugar destacado, con escenificación de la procesión en la que «Jesucristo va en un burro blanco, con un ramo grande de olivo en la mano» (p. 84) el día de Domingo de Ramos. «Es un bonito día el Domingo de Ramos»; el jueves Santo, con la lectura de la Pasión y el pequeño paseo para visitar los monumentos, percibidos por Tarín con emoción primaveral. No hay, de ningún modo, el subrayado de lo «sanguinolento» destacado, sin embargo, en *La voluntad*, en las propias *Confesiones* (donde se insiste también en los oficios de Semana Santa, p. 71) y en otras novelas de esta serie; y si el Viernes Santo no puede dejar de conmover y estremecer («Al volver al colegio todos hablábamos muy poco. ¡Lo que es un día de Viernes Santo!...» p. 86), el Sábado de Gloria y el Domingo de Resurrección dan paso definitivo al esplendor de la primavera que alegra y templá definitivamente el ánimo del adolescente:

Estos dos y el Corpus son los días más alegres del año. ¡Qué tiempo! El jardín del claustro está lleno de rosas y da gusto mirar el agua del estanque. Ya están verdes y altos los trigos y parecen un mar cuando les da el viento. Hemos estado en la chopera que hay junto al río y hemos cogido culebras (...) ¡Qué hermoso tiempo, qué aire hace! No sé qué cosa agradable se siente en las venas. (pp. 86-87).

Y como colofón el anuncio de la despedida de ciclo y la «repartición de premios», mucho menos solemne que el reparto de dignidades de los jesui-

²⁰ José María de Areilza había apreciado los valores lingüísticos vascuences de la narrativa de Sánchez Mazas, en particular de *Pedrito de Andía*. Puede decirse algo parecido de su primera novela (1985, pp. 80-81).

tas (tal en el primer capítulo de *Pequeñeces*, en *AMDG, El obispo leproso*, o *Mario en el foso de los leones*), pero representado dignamente en el teatro, con los discursos consabidos del alumno literato (Guillén) y del antiguo alumno brillante que triunfa en su carrera profesional; actuaciones musicales de piano y flauta, cantos del himno del colegio y la obtención de Tarín de dos modestos accésit de conducta religiosa y de dibujo lineal:

Mi premio de conducta ha sido un *Manual práctico de agricultura*, y el de dibujo, un *Quijote* para los niños. Son un abuelo y un nieto, y el abuelo le va contando la vida de Don Quijote. Es un *Quijote* de nenes. Yo he leído el de veras (pp. 90-91).

El fragmento final del diario, bajo el epígrafe «Otras cosas», añadido «después de poner en limpio el Diario», redondea la pintura de costumbres escolares, a la vez que incrementa la variedad tipográfica del diseño editorial. Así, caracteriza brevemente la personalidad de los compañeros de curso por orden de amistad, alumnado heterogéneo procedente de lugares diferentes de España con tendencia a la adscripción social a la clase media-alta. Otros subcapítulos incluidos en este último añadido rezan: «Los padres», con la caracterización ya señalada de las cualidades de los profesores, «El horario de invierno», con la constatación de la jornada rigurosa; «Los estudios libres», «la campana», «El rosario», «La comida y la cena», «Los estudios», «Las clases», «Los recreos», «Los juegos».

El subcapítulo titulado «Los castigos» (p. 97) marca la distancia entre este motivo glosado en las novelas de Pérez de Ayala o Miró. Tal y como los describe Tarín, los castigos se reducen a copiar líneas, quedarse sin recreo, estudiar una lección fuera de las horas marcadas; quedarse sin paseo el jueves o el domingo; o ser recibido por el Padre superior, que era «lo peor de todo». O también, la disciplina. «La disciplina, que era cosa extraordinaria, emocionaba y dolía (p. 97)». El escolar adolescente de Azorín, que ciertamente percibe Yecla como una «ciudad hórrida», también puede recibir castigos de privación de su merienda por no haber sabido memorizar el «cuadro de la sílice» (p. 68), o puede sentirse maltratado cuando un maestro le arrebata el libro en el que está embebido (p. 78), pero a la postre sabe acusar la huella positiva que dejan en él aquellos años infantiles («La alegría», IV).

El componente de educación sentimental, nunca ausente en la novelística de Sánchez Mazas, aparece sobre todo en los otros cortes autobiográficos que vertebran toda la novela. Algo parecido hace Miró en *Los amores de Antón Hernando* (1909) y en la reformulación posterior, *Niño y Grande* (1922)²¹. Y, sin embargo, queda respunteado en el propio tranco del diario

²¹ Confirmada la influencia que Azorín ejerce en Miró en cuanto a los modos narrativos (ver el trabajo de Lozano Marco (2005), no parece aventurado señalar que *Las confesio-*

escolar de Tarín, con la invocación algo difusa a Mari, con la que sueña «yendo en automóvil» (p. 71), y a la que dedica un soneto. El primer corte lleva por título «En casa del tío» y transcribe las memorias del tío Juan Carlos, que pasa en la casa familia del tío Rafael de Laubide su última temporada de soltero. El editor-autor, que charla con los personajes que integran el relato, decide insertar este tranco de memorias, en tanto que completan y redondean «la inocente narración de Tarín», aunque no les da tanto crédito como a las del niño, quien, sin embargo, firma las breves notas que introducen y epilogan el texto «mixtificador», «sentimental» y folletinesco de este familiar de Tarín. Las notas de Juan Carlos evocan un mundo familiar vascuence, con parientes nobles y peculiares y una biblioteca muy rica en la que Juan Carlos ha dado buena cuenta de los clásicos y últimamente se ha embebido de la más selecta literatura galante, tan de moda por esas fechas²². Son páginas en las que Juan Carlos anota cómo rompe su compromiso matrimonial con su prometida para casarse súbitamente con su sobrina, María Francisca, llegada en esas fechas a la casa veraniega.

Este primer corte, junto con el que sigue, que es el diario escolar, forma la primera parte de la novela. La segunda, tras las líneas explicativas del editor, presenta a un Tarín con quince años que da cuenta en su primera anotación de algunos hechos familiares sucedidos en el lapso temporal pasado (muerte del padre y del tío Rafael y obtención del título de bachiller), con la afición adquirida de la lectura de «folletines» y de la práctica del tenis. El tono de la narración redobla la pasión adolescente, al dar cabida al elemento amoroso como hilo conductor del relato. Nora, la jovencita de la que se enamora, vive en un ambiente de exquisiteces con una madre italiana, títulos nobiliarios y práctica de deportes aristocráticos. Todo ello en un marco expresivo empapado de apelaciones culturalistas que conduce al inevitable amor truncado, tópico recurrente en las peripecias novelescas del autor²³.

nes de un pequeño filósofo actúan también como falsilla que permite a Gabriel Miró iniciar la composición de su texto con la reviviscencia de los tiempos escolares. Se evoca la frialdad de la escuela («las siniestras hornacinas de los dormitorios», p. 80); otras dependencias, como el convictorio, o departamento donde viven los educandos; el ambiente de grosería y de falta de disciplina; las peleas; las clases de Gramática, los juegos infantiles, los paseos de los jueves siempre en ternas, los compañeros dispares abocetados con rasgos extremados y contrapuestos; la semblanza de los profesores, de entre los cuales se señala uno menos nocivo que establece algún puente con el escolar adolescente (en este caso el padre Salguiz, astrónomo que vive aislado de la orden, encerrado en su habitación-observatorio); las visitas trimestrales de los familiares, y los ejercicios espirituales, siempre orientados hacia la reflexión sobre la muerte.

²² La biblioteca familiar está presente en casi todas las obras del autor como un componente narrativo que genera metaliteratura y que posibilita al héroe la composición de una figura próxima a la del «artista adolescente».

²³ El componente erótico de la novela de Sánchez Mazas ha sido puesto de relieve por ALSINA, Jean, (1989, pp. 221-232). La evitación de la culminación de la aventura o el final trunco de la misma aparece en todas sus novelas.

Los tíos María Francisca y Juan Carlos, que habían pasado por el internado camino de Francia para visitar a Tarín, son ya padres del cuarto bebé (este dato ayuda a calibrar el lapso de tiempo transcurrido entre los dos cortes autobiográficos). Y Tarín, que hace balance de su etapa escolar de bachillerato, saca la conclusión de que su perfil estudiantil es bajo y que, sin embargo, los acontecimientos familiares de carácter sentimental han hecho más mella en su espíritu que el bagaje académico (siempre la insistencia en un antiintelectualismo contrapuesto al de otros adolescentes escolares de novelas afines de otros escritores).

En el orden intelectual, moral y sentimental, estas cosas han hecho mella en mi espíritu. Mi bachiller y mi colegio no han tenido nada de intelectuales. No me causa esto un gran dolor. En cambio, lloro muchas noches al pensar que tío Rafael no me contará nunca historias y mi querido padre cerró los ojos para siempre (p. 103).

En las confesiones de Azorín los aspectos negativos de un posible espacio escolar sentido como cárcel asfixiante suelen ser bien encauzados por un protagonista que, en la parte final de la novela, señala también a otras instancias formadoras (su padre, su madre, la tía) en la constitución del ya joven maduro Martínez Ruiz.

Tanto en *Tarín* como en *Pedrito de Andía* se focalizan experiencias alegres del verano en Arriola, en la casa materna Villa-Clementina, descrita como una villa renacentista, enclavada en medio de una naturaleza cantábrica y marinera. El mismo paisaje idealizado sobre el que compone otras prosas y novelas (también *Vaga memoria de cien años*), festoneado por excursiones, fiestas veraniegas y, sobre todo, por el tema del enamoramiento adolescente de un Tarín que, escolar en el internado, ya declaraba haber tenido varias novias²⁴, pero que ahora se enamora de verdad apasionadamente de Nora. Relato folletinesco que acaba con la ruptura, debido a que la niña tiene ya otro compromiso matrimonial en Italia. Tarín saca algunas conclusiones provechosas relativas a la educación sentimental, aspecto éste, que diluye el componente escolar, como sucede también en el *Pedrito de Andía*.

Por fin, Nora se ha casado con Francesco d'Alatri. ¿Qué haría un mortal de mi tiempo con esta gran tragedia? ¿Qué haría en sus pobres memorias más que una página dolorosa de folletón? Italia... Ella, el amor roto, el odioso rival... pero en el fondo... ¡Nora! ¡Nora! ¡Primer amor!: has muerto como en mis folletines. No tengo nada que decir contra ti (p. 160).

A partir de aquí se inicia, dentro de la segunda parte, otro nuevo corte con un narrador que cuenta ya veinte años y que, a la manera de su tío

²⁴ Mainer (2002), p. 13. Sintetiza la novela como un juego de prosa que finge recoger el diario de Tarín, un personaje entre la adolescencia y la primera juventud, más enamorado y cándido que donjuán.

Juan Carlos con esa misma edad, testimonia «la última época de su carácter» (p. 163). Sin perder radicalmente la sencillez e ingenuidad que definen al mozo, se entremezclan ahora estos valores con alguna pequeña dosis de cinismo. Todo ello dominado por la «manía literaria de los veinte años», con el inevitable repaso a la biblioteca personal y familiar, como síntoma de otro complemento formativo, siempre presente en cualquier manifestación del autor. Propende a la nostalgia al no poder sustraerse a la rememoración de pequeñas anécdotas infantiles, teñidas de sentimentalismo, no relatadas en los otros trancos de las memorias. Y ahora el relato queda vertebrado en torno a los grandes libros ilustrados que acompañan durante tantas horas al joven (*La Ilustración Española y Americana*, *El Museo de las Familias*, *El Mundo Ilustrado*, *La Ilustración Artística*), preferibles por sus estampas o otros libros de referencia que anota el narrador: la Biblia de Gustavo Doré, *Historia Antigua de Rollin*, encuadernada en tafilete; o la *Historia Universal* de César Cantú; el *Diccionario Hispanoamericano*, la *Geografía* de Malte-Brun, el gran *Larousse* ilustrado, el estúpido Alcubilla, o las obras completas de Campoamor... «Yo daría todos los libros de mi casa antes que las viejas ilustraciones» (p. 177).

La coda final de la segunda parte de la novela viene rotulada con el título «Cuento a Miss Clayton», con nuevo testimonio de su enamoramiento de la joven inglesa con la que planea casarse en Londres, pero a la que pide finalmente perdón por incumplir su palabra. A partir de ese momento comienzan otras memorias «de hombre», que comprende (tras proceso de maduración) que no es el momento de separarse de sus estudios ni de su ambiente vasco.

El diario del curso escolar, como ocurre en la novela de Azorín, queda subsumido en un ejercicio retrospectivo de mayor alcance. El autor ha querido relativizar conscientemente, de acuerdo con el carácter de Tarín, los episodios académicos, los cuales se insertan en un todo más sugestivo, integrado por la vida familiar, más allá del núcleo básico, con el recuerdo de momentos de convivencia con otros parientes, en un espacio físico vasco mitificado en el que encuentra seguro anclaje el resto de las prosas de Sánchez Mazas. Este espacio se convierte para el protagonista en un marco de aprendizaje más nutricional que el propio internado. Cobra importancia, sobre todo, la búsqueda permanente del amor, con peripecias sentimentales que principian en el ámbito familiar²⁵ (su tío Juan Carlos, su hermano) para tener continuación en las vividas por un Tarín, enamorado ya desde niño que sufre su primer revés formativo con el desdén de Nora, pero que lo capacita para comprender que el «flirt» posterior con Miss Clayton no debe desembocar en boda. La novela concluye con un Tarín, básicamente formado, pidiendo perdón a Miss Clayton por dejarla en la estacada y afrontando su futuro

²⁵ Amor con sus tías, por ejemplo. Ver el artículo de Alsina (1989).

prometedor del mismo modo que Pedrito de Andía, mejor estudiante y más sensato que Tarín, cuyo fracaso amoroso de adolescente azuza también su proceso de maduración armónica.

Opera prima, pues, en la que un precoz Sánchez Mazas sabe imprimir a su novela los valores temáticos y estilísticos (flexibilidad narrativa, oralidad, tono poemático y buen trasiego de modos expresivos diferentes) que aparecen en sus otras dos novelas importantes: *Rosa Krüger* y *La vida nueva de Pedrito de Andía*. En efecto, en ella quedan fijados los elementos «más característicos y constantes de sus ficciones: la recreación de la niñez y adolescencia, nutrida de elementos autobiográficos y circunstanciada en Bilbao y sus alrededores; la nostalgia del tiempo antiguo; el relato en primera persona narrado por el protagonista; el carácter introspectivo; la abundancia de referencias culturales...» (M. y P. Carbajosa, 2003, p. 14). La fascinación por la figura de Carlomagno y su época («A mí me gustaría más una película de la Edad Media. Del tiempo de Carlomagno, por ejemplo», *Tarín*, p. 75) en tan temprana edad rebrota a lo largo de toda su obra posterior²⁶. Incluso el elemento de la cultura italiana, ligado tan estrechamente a la biografía del escritor²⁷, está ya desarrollado en esta su primera novela, publicada en 1915 y escrita algún año antes en el internado de El Escorial.

El autor, al trasladar a sus novelas (*Tarín*, *Pedrito de Andía*) sus vivencias escolares, puede transfigurar literariamente la realidad; pues, como documentan M. y P. Carbajosa (2003, pp. 4-5), Rafael había ingresado en 1907 en el Colegio de los Sagrados Corazones de Miranda de Ebro, para realizar los tres últimos años, tras su paso por los Escolapios y los Jesuitas en Orduña. En Miranda empieza a escribir poesía, siempre a buen recaudo de la madre. Y en 1912 se traslada al Real Colegio de Estudios Superiores de María Cristina en El Escorial para continuar la carrera de Derecho iniciada en 1910 en la Universidad Central de Madrid. Esa estancia en el internado universitario estimula la redacción de la novela que compone su propia figura retrospectiva, aunque situada en otro espacio académico, el Colegio de los Sagrados Corazones de Miranda de Ebro, pero, eso sí, estimulado por la observación cotidiana que de la vida de los bachilleres del colegio del Escorial puede recibir Sánchez Mazas mientras escribe y da a la revista colegial agustina, *Nueva Etapa*, para su publicación por entregas mensuales, antes de la versión unitaria en Biblioteca de Amigos del País de Bilbao²⁸.

²⁶ CARBAJOSA, M. y P. (2003, p. 105) recuerdan el rito de las «cenas de Carlomagno», una vez al mes, en el comedor del Hotel París de Madrid, de rigurosos esmoquin, en honor de Carlomagno como acto estetizante frente a la República.

²⁷ A partir de 1922 está en Roma como corresponsal del diario *ABC* de Juan Ignacio Luca de Tena y contrae matrimonio en 1925 con Liliana Ferlosio Vitali.

²⁸ En la novela de AZAÑA, *El jardín de los frailes*, en medio de la puesta de relieve de las metodologías esclerotizantes, se alude a ciertas pedagogías novedosas: tal el deporte de la equitación (que ya había aparecido en *Pequeñas memorias de Tarín*), el frontón,

El contenido pedagógico, aunque también integrado en un bagaje educativo más amplio, cobraba aún más nitidez en *Pedrito de Andía* (rozando a veces la defensa de la tesis pedagógica jesuítica)²⁹. En *Tarín*, el autor ha querido ajustar los aprendizajes desde un primer momento a un esquema de formación total, con vindicación esencial del componente familiar y sentimental, amortiguando, tal vez como contraste con el tenor de la literatura aledaña, el componente de intelectualización implícito en el adolescente escolar de los otros internados. De ahí que las marcas del subgénero, sin llegar a perderse enteramente (hay ejercicio autobiográfico, hay internado, excursiones, amigos, visita de familiares, ejercicios espirituales...), queden circunscritas a uno de los cortes de las memorias, y lejos de suponer riesgo de mutilación sentimental, sirven de acicate para un desarrollo futuro más armónico.

Por eso, el espacio no es opresivo ni cerrado, aunque el escolar se sienta solo a veces o acuse el frío. El tiempo es también más dilatado, pues el corte del curso escolar queda subsumido en un lapso temporal de al menos siete años, que suponen el fermento del que se nutre, de forma discontinua, la memoria de un Tarín, que muestra orgulloso su maduración ajustada al modelo clásico de la novela de aprendizaje, sin acabar nunca de cristalizar en verdadero *Künstlerroman*. El muchacho, que tiene una inclinación hacia lo artístico, puede, eso sí, componer unas memorias, que, en todo caso, han de ser retocadas por el editor, porque el mozo nunca llega a ser ni un intelectual ni un poeta. Es el «chico» que ha querido que sea su autor. Y, como en el poema pórtico de la novela, Tarín puede decir de su libro que «es toda su juventud». «Mis primeras memorias son de un niño, las segundas, de un adolescente, y las últimas, apenas de un hombre» (p. 9).

La novela de Azorín, claro está, aunque atenúe el anticlericalismo o diluya el elemento colegial, influye no poco en las novelas hermanas³⁰ de internados religiosos fuertemente coercitivos, al anticipar una propuesta de novela lírica, con incorporación de algunas marcas de la tópica escolar; y, sobre todo, al conformar un héroe «memorialístico» introspectivo que justifica en el acto de escribir su condición de artista adolescente. *Pequeñas memorias de Tarín* de Sánchez Mazas invoca explícitamente ese modelo

el moderno fútbol. Y no falta el novedoso periódico escolar, en el que Sánchez Mazas había insertado por entregas su novela colegial, o el teatro escolar.

²⁹ SENABRE, Ricardo, (1980, pp. 51-52) ve mayor vinculación entre las dos novelas escolares de Sánchez Mazas que Eugenio de Nora (1979, II, pp. 386-390), que las considera muy distantes.

³⁰ Ricardo SENABRE, en el libro de su tesis doctoral sobre Ortega (1964, p. 27) ya ponía en conexión *Mario en el foso de los leones* con *El jardín de los frailes*, *A.M.D.G.*, *El obispo leproso* y *El convidado de papel*. Mainer (1979, p. 13) ha insistido en la relación de parentesco que presenta *El convidado de papel* con novelas como *A.M.D.G.*, *El jardín de los frailes*, *Nuestro Padre San Daniel*, *El obispo leproso*.

azoriniano, por más que el alcance introspectivo del muchacho protagonista, obsesionado con la «normalidad», no vaya más allá del mero cúmulo de recuerdos; y dé como resultado una cierta réplica a la sátira de internado religioso³¹ (que desde luego se confirma años más tarde en *La vida nueva de Pedrito de Andía*). La novela de la serie, a partir de ahora, merodea siempre por los terrenos del *Künstlerroman* y, en todo caso, compone siempre en la persona del héroe la figura del «artista adolescente», aunque sea para negarlo. Y el progreso de la identidad personal del personaje literario, que se verifica en la evolución de las fórmulas literarias autobiográficas, corre paralelo al progreso de la novela de formación (de autoformación lírica, en denominación de Rodríguez Fontela, 1996, p. 267). Y en esta modalidad, tan característica de la novela de los principios del XX, es donde el género de aprendizaje encuentra la mejor forma para su medida.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

NOVELAS

- AZAÑA, Manuel, *El jardín de los frailes*, Madrid, Alianza Editorial, 1981.
- AZORÍN, José Martínez Ruiz, *La voluntad*, María Martínez del Portal (ed.), Madrid, Cátedra, 1997.
- , *Las confesiones de un pequeño filósofo*, José María Martínez Cachero (ed.), Madrid, Espasa-Calpe, 1994, 8ª ed.
- CEJADOR, Julio, *Mirando a Loyola. El alma de la Compañía de Jesús*, Madrid, Renacimiento, 1913.
- JARNÉS, Benjamín, *El convidado de papel*, José-Carlos Mainer (ed.), Zaragoza, Guara Editorial, 1979.
- MIRÓ, Gabriel, *Niño y Grande*, Carlos Ruiz Silva, (ed.), Madrid, Castalia, 1987 (versión ampliada de *Amores de Antón Hernando*, Madrid, «Los Contemporáneos», 1909).
- , *Nuestro Padre San Daniel*, Manuel Ruiz Funes (ed.), Madrid, Cátedra, 1988.
- , *El obispo leproso*, M. Ruiz Funes (ed.), Madrid, Cátedra, 1989.
- PÉREZ DE AYALA, Ramón, *A.M.D.G.*, Andrés Amorós (ed.), Madrid, Cátedra, 1995, 5ª ed.
- SAINZ DE ROBLES, Federico Carlos, *Mario en el foso de los leones (Novelerías)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1925.

³¹ Las novelas españolas tienen su correlato europeo. Hay que consignar, en efecto, que un joven Robert Musil se había iniciado en la literatura con la novela *Las tribulaciones del estudiante Törless* (1906), auténtico alegato contra los efectos destructores de los internados religiosos de la sociedad austriaca. Ver para el *Bildungsroman* europeo de principios del XX el libro de Franco Moretti (1999), que incluye un último capítulo nuevo («Un inútil nostalgia di me mesmo. La crisi del romanzo di formazione europeo, 1898-1914», pp. 257-273) en el que se consideran el ramillete de novelas anti-*Bildungsromane*, formado por *Tonio Kröger* (1903); *Törless* (1906) de Musil; *Jakob von Gunten* de Robert Walser, (1909); y el *Retrato de artista adolescente* de Joyce (redactada entre 1904 y 1914). Todas estas novelas glosan el refugio del protagonista en su propio yo como medio de exorcizar el peso aplastante de la irracionalidad de la escuela en la modalidad de internado religioso.

- SÁNCHEZ MAZAS, Rafael, *Pequeñas memorias de Tarín*, Barcelona, Ediciones Península, 2005.
- , *La vida nueva de Pedrito de Andía*, M^a Luisa Burguesa (ed.), Madrid, Espasa, 2004.
- , *Rosa Krüger*, Madrid, Trieste, 1984.

BIBLIOGRAFÍA SECUNDARIA

- ALSINA, Jean, «Un discreto Eros de los 50: *La vida nueva de Pedrito de Andía y Monólogo de una mujer fría*», AAVV., *Eros literario*, Madrid, Universidad Complutense, 1989, pp. 221-232.
- AREILZA, José María, «Cuatro libros sobre Bilbao», *Revista de Occidente*, 50, 1985, pp. 65-82.
- CARBAJOSA, Mónica y Pablo, *La corte literaria de José Antonio*, Barcelona, Crítica, 2003.
- CERCAS, Javier, *Soldados de Salamina*, Barcelona, Tusquets, 2001.
- HORNEDO, Rafael María, «Formación religiosa de Azorín», *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, 50, 1974, pp. 383-422.
- LIVINGSTONE, Leon, «Tiempo contra historia en las novelas de José Martínez Ruiz», *La novela lírica*, I, Madrid, Taurus, 1983, pp. 49-63.
- LOZANO MARCO, Miguel Ángel, «Schopenhauer en Azorín. La necesidad de una metafísica», en *Schopenhauer y la creación literaria en España*, M.A. Lozano Marco (ed.), *Anales de Literatura Española de la Universidad de Alicante*, 12, 1996, pp. 203-215.
- , «Introducción general» a *Obras Escogidas de Azorín*, t. 1. *Novela completa*, Madrid, Espasa Calpe, 1998.
- , «Gabriel Miró. *Del vivir* (1904) y su ruptura con la convención novelesca», *Revista de Literatura*, LXVIII, 134, 2005, pp. 483-500.
- LUCA DE TENA, Juan Ignacio, «Semblanza literaria y sentimental de Rafael Sánchez Mazas», *Boletín de la Real Academia Española* XLVI, set-dic. 1966, pp. 401-410.
- MAINER, José-Carlos, *Falange y literatura*, Barcelona, Labor, 1971.
- , «Introducción» a *El convidado de papel*, de Benjamín Jarnés, Zaragoza, Guara Editorial, 1979.
- , «Conversiones. Sobre la imagen del fascismo de la primera postguerra», en *La novela en España (siglos XIX y XX)*, Madrid, Casa de Velázquez, 2001, pp. 175-192.
- , «Acerca de Rafael Sánchez Mazas (1894-1966)», *Turia*, 61, 2002, pp. 9-18.
- , «Las señas de *Vírgulo* (1924-1927), héroe de Ramón de Basterra (con unas notas sobre la tercera parte inédita)», en *Poesía lírica y progreso tecnológico (1868-1939)*, Sabine Schmitz y José Luis Bernal Salgado (coords.), Iberoamerica, Vervuert, 2003.
- MARAVALL, José Antonio, «Azorín, idea y sentido de la microhistoria», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 226-227, oc.-nov. 1968, pp. 28-77.
- MARTÍN, Francisco José, «Introducción» a *Diario de un enfermo de Azorín*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000.
- MARTÍNEZ DEL PORTAL, María, «En torno a un libro de memorias: *Las confesiones de un pequeño filósofo*», en José Martínez Ruiz (Azorín), *Actes du Premier Colloque International*, Pau, 1986, pp. 49-62.
- , «Introducción» a *La voluntad*, de Azorín, Madrid, Cátedra, 1997.
- , «El anticlericalismo del joven José Martínez Ruiz (1893-1901)», *Anales Azorinianos*, 2002, pp. 7-44.
- MORETTI, Franco, *Il romanzo di formazione*, Torino, Einaudi, 1999.
- NORA, Eugenio de, *La novela española contemporánea II*, Madrid, Gredos, 1979, 2ª ed.
- RISCO, Antonio, *Azorín y la ruptura en la novela tradicional*, Madrid, Alhambra, 1980.
- RODRÍGUEZ FONTELA, María de los Ángeles, *La novela de autoformación. Una aproximación teórica e histórica al Bildungsroman desde la narrativa española*, Oviedo, Kassel, Universidad de Oviedo, 1996.

- SÁNCHEZ MAZAS, Rafael, *Poesías*, edición de Andrés Trapiello, Granada, La Veleta, 1990.
- , *Vaga memoria de cien años y otros papeles*, edición de Andrés Trapiello, Bilbao, Ediciones El Tilo, 1993.
- SEÑABRE, Ricardo, *Lengua y estilo de Ortega y Gasset*, Salamanca, Acta Salmanticensia, 1964.
- , «Alfanhuí o la rebelión contra el padre», *Nuevo Índice*, I, 7, 1980, pp. 51-52.
- SHAW, Donald, *La generación del 98*, Madrid, Cátedra, 1978.
- TRAPIELLO, Andrés, *Las armas y las letras*, Barcelona, Planeta, 1994.
- , *Vaga memoria de cien años y otros papeles*, Bilbao, Ediciones El Tilo, 1993.
- VERDÚ DE GREGORIO, Joaquín, «Azorín: *Las confesiones de un pequeño filósofo*. Razón, intuición e infancia», *Anales Azorinianos*, 6, 1997, pp. 281-298.

Fecha de recepción: 5 de marzo de 2007

Fecha de aceptación: 12 de febrero de 2008